

Natanael, un nuevo Jacob

Juan 1.43-51

RICARDO FOULKES B.*

A fines del siglo 1, la iglesia en Asia Menor, junto con otros centros de actividad evangelística, buscaba poner por escrito tradiciones acerca de Jesús. ¿Cómo explicar a judíos y gentiles esa radiante personalidad, ese “relámpago del cielo” que entró en la historia por breves años de ministerio antes de su muerte salvadora? Otras ramas del movimiento cristiano – que nombraban a Pedro como guía, o Pablo, o Santiago de Jerusalén – lo hacían enarbolando títulos mesiánicos como “Señor,” “Salvador,” y “Sanador”. Pero la escuela juánica usaba, junto con éstas, otra técnica eficaz, en particular entre oyentes y lectores que conocían su Biblia en hebreo (o los targumes en arameo). Decían, “El Hijo de Dios, cuando se encarnó en Jesús de Nazaret, recapituló las experiencias de grandes adalides del

* El doctor Ricardo Foulkes es profesor honorario de la UBL.

Antiguo Testamento; fue un nuevo Adán, un nuevo Abrahán, un nuevo Jacob.”¹ El siguiente ensayo procura redescubrir en el primer capítulo del Evangelio de Juan las tradiciones que conducían a la fe en Jesús. Antes del Sermón del Monte y los milagros ante las multitudes, antes de chocar con las autoridades del templo o con Roma, ¿qué impresión dejó Jesús con sus primeros discípulos, todos familiares con la figura de Jacob?²

Los evangelios sinópticos describen los primeros días del ministerio público de Jesús con unas pinceladas rápidas: en el apogeo de la popularidad de Juan Bautista aparece el nazareno para ser bautizado. Luego de pasar por una prueba de parte de Satanás, Jesús comienza a predicar en Galilea y llama a cuatro pescadores a seguirle en forma permanente.³

¡Cuán diferente es el acercamiento de la escuela juánica! Después del Prólogo, que nos avisa de la llegada del Verbo de Dios a este mundo, el capítulo 1 de Juan se ocupa de contactos entre Jesús y unos seguidores del Bautista - Andrés, Simón Pedro, Felipe y Natanael - que por medio de varios títulos evalúan al nuevo maestro (Jn 1.19-51). De una manera magistral el evangelista retrata una expectación

mesiánica entre estos galileos que se han desplazado para seguir al Bautista, pero optan más bien por seguir a Jesús. El clímax de este proceso es la vocación de Natanael, que en este contexto se reviste de cualidades de Jacob el patriarca.

Es cierto que Jacob, según el texto canónico, es capaz de un amor profundo por Raquel, o de refugiarse en Dios cuando se balle metido en líos, pero sigue siendo un mañoso que nos inspira pocas ganas de emulación.¹

¿Jacob? ¿Por qué el evangelista echa mano de un personaje tan poco atractivo como ese usurpador y mentiroso, que hasta engañó a su anciano padre Isaac?⁴ Es cierto que Jacob, según el texto canónico, es

capaz de un amor profundo por Raquel, o de refugiarse en Dios cuando se halle metido en líos, pero sigue siendo un mañoso que nos inspira pocas ganas de emulación.⁵

Los judíos de la época de Jesús (lo mismo que los judíos del fin del siglo 1, cuando se escribió el Cuarto Evangelio) no tenían a mano copias de sus libros sagrados. Se familiarizaron con su contenido por medio de maestros de la ley, en particular en el recinto de la sinagoga, donde, a juzgar por Lc 4.15-30, un varón diestro en las Escrituras solía exponer y aplicar a la vida contemporánea un pasaje. Podemos imaginarnos que no todos estos intérpretes se pusieran de acuerdo, y que el texto canónico habrá cambiado de énfasis en el paso entre la página de texto hebreo⁴ a los oídos de los oyentes arameoparlantes.

Según el Génesis hebreo, entonces, Jacob sale un anti-héroe. También prevalece en el resto de la Biblia hebrea esta concepción negativa de Jacob. Por ejemplo, Oseas 12, antes de dar un resumen de la biografía de Jacob (vv. 3, 4 y 12) advierte, “El Señor le ha puesto pleito a Jacob; va a castigarlo por su conducta” (v. 2). Por supuesto, “Jacob” es el apodo del pueblo escogido, pero el profeta juega con el paralelismo, como si dijera, “Tú, oh pueblo escogido, eres un pecador como lo fue tu fundador; con razón te llamamos ‘Jacob’.”

Pero para el siglo primero de nuestra era, todo ha cambiado.⁶ La tradición ha rehabilitado al patriarca, atribuyéndole muchas virtudes. Ahora sí es un portador digno del nombre “Israel.” Jacob es un intercesor,⁷ un justo⁸ y profeta a la vez,⁹ que en particular anhela inquirir en los tiempos mesiánicos. En fin, Jacob ha llegado a ser el mero prototipo de todos los israelitas que aguardan la venida del Redentor. Según las tradiciones posteriores, Jacob está seguro de que el Rey Mesías le será revelado¹⁰, porque ya por dos veces se le ha concedido teofanías.¹¹ Además, donde el texto hebreo de Gn 49.18 pone en la boca de Jacob moribundo simplemente, “Aguardo tu salvación, oh Señor,” el targum Neófiti hace la siguiente paráfrasis,

al ver que estas palabras siguen inmediatamente a la bendición que Jacob pronunció sobre Dan:

Nuestro padre Jacob dijo: “La redención que desea mi alma no es la de Gedeón bar Joás, que dura sólo una hora, ni la de Sansón bar Manoa, que es pasajera, sino la redención que dijiste que traerías a tu pueblo, los hijos de Israel. Hacia ti, hacia tu redención¹² mira mi alma.”¹³

Esta tendencia creció al punto de buscar nuevas etimologías para el nuevo nombre, Israel, dado a Jacob: por ejemplo, *ish roé el* (“el hombre que ve a Dios”), y Jacob, como sus antepasados Abrahán e Isaac, es transformado en un vidente profético. Por ejemplo, Filón dice de él, “(Dios) le obliga a luchar con él cuerpo a cuerpo para impartirle el don de una fuerza irresistible, habiendo cambiado sus oídos en ojos, y llama esta criatura recién dotada “Israel,” es decir, “el que ve” (*oronta*).¹⁴ A pesar de esta nueva capacidad, y su gran deseo personal de disfrutar de una visión, sin embargo, “el momento predeterminado de la Venida del Rey Mesías le quedó vedado.”¹⁵

Ahora bien, a la luz de las ideas corrientes en el siglo primero sobre Jacob, es evidente que el autor del Cuarto Evangelio tenía presente al patriarca en su párrafo sobre Natanael (1.45-51).¹⁶ Al combinar el apodo “un israelita de verdad” que Jesús puso a Natanael, su mención de la palabra “decepción,” y varios detalles en 1.51 tomados del sueño de Jacob en Betel, el evangelista pone alerta al lector para comprender esta clave importante. Y como se puede esperar, el verbo al clímax del dicho resulta ser “vas a **ver**” (v. 50) y “ustedes **verán**” (v. 51).

*Ahora bien, a la luz
de las ideas corrientes
en el siglo primero
sobre Jacob, es
evidente que el autor
del Cuarto Evangelio
tenía presente al
patriarca en su
párrafo sobre
Natanael (1.45-51).²*

La segunda teofanía a Jacob (Gn 32.24-30) ocurre en Penuel; de nuevo ve a ángeles (¡más beligerantes esta vez!) y tiene una experiencia directa de Dios. Se le cambia el nombre a “Israel”,¹⁷ que más tarde llega a describir genéricamente a todo el pueblo. Tal como Jacob-Israel actúa no simplemente como individuo sino como representante de toda una nación, Natanael es tratado también como “tipo” de los discípulos, no como un seguidor aislado.¹⁸

Si nuestro interés particular se centra en *la comunidad en torno a Jesús*, tenemos que fijarnos en cómo el evangelista construye ese grupo privilegiado. A juzgar por 1.29-37, los primeros seguidores salieron de entre los allegados a Juan Bautista, alentados por él mismo. Se comienzan a mencionar por nombre en el v. 40: Andrés y “otro discípulo” innominado, Simón Pedro (buscado por su hermano Andrés), Felipe, oriundo del mismo pueblo en Galilea que los hermanos Andrés y Pedro, y finalmente Felipe, buscado directamente por Jesús, y Natanael, el último de la cadena, buscado por Felipe.

Ahora bien ¿quién es el “otro discípulo” que estaba con Andrés? ¿Cuáles razones tendría el evangelista por mantenerlo en el anonimato? Tenemos un caso paralelo en la segunda mitad del Evangelio; alguien aparece repentinamente en 13.23 como uno de los comensales de la cena y es caracterizado como “el discípulo a quien Jesús amaba.” A muchos estudiosos nos parece que estos dos innominados son la misma persona, el testigo ocular que garantiza la confiabilidad de este Evangelio. El hecho de no aparecer recién en el Aposento Alto, tal vez como uno que vivía en Jerusalén (como sugieren algunos comentaristas), sino de estar con Jesús “desde el principio” (cp. 1 Jn 1.1-2) en Galilea le daría gran credibilidad a este fundador de la comunidad.¹⁹

Si nuestro interés particular se centra en la comunidad en torno a Jesús, tenemos que fijarnos en cómo el evangelista construye ese grupo privilegiado.

Quien hace presentación a Jesús de este nuevo discípulo es Felipe, convencido y bien intencionado. Según la estructura de 1.19-51 organizada en torno a “testimonios,” cada hombre añadido al grupo contribuye un nuevo título para Jesús o en alguna forma desarrolla la intuición creciente acerca de él. Así que Felipe, hallado él mismo por Jesús, “halla” a Natanael y procura ganarle para el grupo de discípulos describiendo el “hallazgo” de ellos: “Hemos encontrado a Jesús de Nazaret, el hijo de José, aquel de quien escribió Moisés en la ley, y de quien escribieron los profetas” (v. 45). Podemos concluir que una invitación tal²⁰ toma por sentado que Felipe sabe de la búsqueda de Natanael; los dos han anhelado la venida del Mesías prometido en la Escritura. De manera que se espera que el mensaje sea buenas nuevas que los oyentes recibirán con gozo. Pero, como todos los “testimonios” en este Evangelio con la excepción de los que da Jesús mismo, es imperfecto e incompleto: ²¹

PERSONAJES	TITULOS
(v. 35) Juan Bautista dos discípulos de Juan B.	(29, 36) Cordero de Dios (38) rabí
(40) Andrés (uno de los dos)	(41) Mesías = Cristo
(41) Simón Pedro/ Cefas	(cp. 6.68)
(43) Felipe	(45) (hijo de José) el descrito en las Escrituras
(45) Natanael	(49) rabí, Hijo de Dios, Rey de Israel
(48-51) Jesús	(51) Hijo del hombre

Quizá la designación “hijo de José” (v. 45) simplemente lo distingue de otros Jesús en Nazaret (como posiblemente sucede en 6.42 y Lc 4.22), pero el evangelista quiere que el lector perciba también que Felipe no está al tanto de los orígenes de Jesús, tema que será tratado en Jn 6.41ss. y 7.41 y 52. Es cierto que el evangelista no se preocupa

de las circunstancias físicas de la concepción de Jesús como lo hacen Mateo y Lucas; para él la filiación del Hijo de Dios no depende de tales detalles. Dejar la afirmación de Felipe sin contradicción es paralelo a 7.28, donde Jesús contesta con sarcasmo a los jerosolimitanos muy seguros de sí, “¡Con que ustedes me conocen y saben de dónde vengo!” Estos ejemplos de la ironía juánica implican que el lector debe tomar en cuenta todo el Evangelio al evaluar una afirmación en particular.

¿Han tenido contacto todos estos nuevos discípulos con Juan Bautista? Tal vez el evangelista prefiere dejar vagas estas cuestiones geográficas e históricas, pero al menos está claro que en este contexto literario la vocación de Natanael es un clímax a la serie que viene intensificándose. Parte de los preparativos para ver las señales de Jesús ha sido el testimonio del Bautista ante todo Israel.

La “buena noticia” de Felipe topa de buenas a primeras con una reacción decepcionante. Gracias a la rivalidad entre dos aldeas galileas, Caná (ver 21.2) y Nazaret, Natanael casi pasa por alto esta “oportunidad única en la vida.” Podemos observar en las intenciones del evangelista que muchos judíos de la época tenían conceptos erróneos en cuanto al Mesías. La promesa a los patriarcas de “tierra y descendientes” puede cegar a los contemporáneos de Jesús; en el clímax del libro esta confusión induce al Consejo (Sanedrín) a razonar así: “Si lo dejamos seguir así, todos van a creer en él, y vendrán los romanos y acabarán con nuestro lugar sagrado, e incluso con nuestra nación” (11.48).²² Pero en el caso de Natanael, el error es sólo embrionario, como veremos.

Felipe no arguye sobre los méritos de Nazaret; lo que convencerá a su amigo es la presencia de Jesús. “Ven a ver,” dice en las mismas palabras de Jesús (1.39) dirigidas a Andrés y al discípulo amado, con resultados muy positivos. Tanto el “ir a Jesús” como el “verlo” tienen sus sobretonos juánicos como siempre;²³ cuando el Señor ve a Natanael, actúa también como vidente y revela algo de la vida inte-

rior del nuevo discípulo.²⁴ Como hemos visto, el Jacob del Antiguo Testamento era un embustero, como Isaac tenía ocasión de comentar.²⁵ ¡Esaú y Labán hubieran podido añadir otros detalles al cuadro! Pero la contraparte en el Nuevo Testamento dibujada por el evangelista se describe como “un verdadero israelita, en quien no hay falsedad (*dolos*)” (1.47). En otras palabras, este individuo merece de veras el nombre Israel. “Israelita” significaría entonces “hombre sin mañas.” Es posible que dos pasajes más del Antiguo Testamento vengan al caso:

1) Sal 32.2 declara bendecido a “aquel a quien el Señor no toma en cuenta su maldad y en cuyo espíritu no hay engaño (Septuaginta: *dolos*). Sal 32.2 es citado también en la descripción de los redimidos en Ap 14.4s: “Estos se mantuvieron puros, sin contaminarse con ritos sexuales. Son los que siguen al Cordero por dondequiera que va... No se encontró mentira (*pseudos*) alguna en su boca, pues son intachables.” (NVI)

2) Isaías 53.9 afirma del siervo sufriente, “No hubo engaño en su boca.” En un cántico previo dirigido a Jacob/Israel, Yahvé promete (Is 44.3-5) derramar su Espíritu sobre los israelitas, de modo que puedan recibir nuevos nombres: “del Señor,” “Jacob” e “Israel.” Entonces en 44.4-6 Yahvé se llama “el Rey de Israel y su Redentor” y señala su propia unicidad como Dios. ¿Cuál otra deidad puede predecir el futuro como Yahvé lo hace, y “declararlo”? “Y ¡ustedes son mis testigos!”

dice. Son evidentes los paralelos con la perícopa sobre Natanael.

La promesa a los patriarcas de ‘tierra y descendientes’ puede cegar a los contemporáneos de Jesús...

No es improbable que la palabra *dolos* (“engaño”) lleve también algo del sentido frecuente en el A.T. de “infidelidad religiosa.”²⁶ Ya que la idolatría es una especie de adulterio espiritual, como aclara la profecía de

Oseas, se le compara a menudo con el engaño y la duplicidad. Por ejemplo, Dios dice, “Efraín (el reino del norte) aumenta sus mentiras y violencias. . . ¡Y todavía siguen pecando! Funden su plata y se hacen ídolos...” (Os 12.1, 13.2).

Sea cual fuera la matiz de *dolos* en Jn 1.47, Natanael ha evitado caer en sus garras²⁷ y se ha abierto los oídos para escuchar la voz de Jesús. Más tarde, frente a Pilato, Jesús describirá a este tipo de israelita: “Todo el que está de parte de la verdad escucha mi voz” (18.37). Como Jesús se autodenomina “la verdad” (14.6), Natanael el “sin engaño” está marcado para íntima asociación con él. Como un ejemplar de jóvenes prometedores en Israel, Natanael habrá tenido otros maestros de Sagrada Escritura menos dotados²⁸, pero ahora no necesita andar a tientas.

Aunque estas palabras proféticas de Jesús no se dirigieron a Natanael, éste se da cuenta del comentario y se asusta al ver el conocimiento de su persona que tiene este maestro desconocido. Más sorprendido todavía queda con la nueva revelación: “Antes que Felipe te llamara, cuando aún estabas bajo la higuera, ya te había visto” (v. 48). Aunque el dicho nos queda un enigma²⁹, para Natanael tiene un valor tan convincente que le arranca una rica confesión mesiánica, en tanto que hace unos momentos Jesús era para él un mero pretendiente, oriundo de una aldea despreciada.

Veamos los diferentes aspectos de esta confesión (v. 49): “Rabí, ¡tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el Rey de Israel!” Aunque la comunidad juánica cree que estos títulos describen correctamente a Jesús, el evangelista deja indicios de que Natanael, sobrecogido por el conocimiento íntimo que de él tiene el maestro, balbucea en su entusiasmo verdades que no comprende:

“rabí:” un prefacio extraño a títulos tan altisonantes como los que siguen:

- “el Hijo de Dios:” obviamente no el equivalente de “el Hijo único del Padre” (1.14); lógicamente debe haber aparecido en tercer lugar como clímax
- “el Rey de Israel:” en este marco judío, una confesión mesiánica. Recordemos Sal 2.6s.:”He establecido a mi rey sobre Sión . . . ‘Tú eres mi hijo,’ me ha dicho.”

En respuesta, Jesús no agradece ni rechaza las confesiones; añade más bien un poco más de precisión:

a) cambia los títulos anteriores por “el Hijo del hombre,” con sus connotaciones apocalípticas, que en general reciben poco énfasis en este Evangelio;³⁰

b) insiste en ser Mediador entre Dios y los seres humanos; el “tráfico” entre tierra y cielo ³¹ comienza desde abajo, y el instrumento de esta mediación es su cuerpo;

c) acepta la oferta de seguimiento que Natanael acaba de pronunciar. El que es apodado “verdadero israelita” (v. 47) por Jesús reconoce que éste es “el Rey de Israel,” de hombres y mujeres como él.

Queda muy claro al lector cristiano, sin embargo, que tales términos irían llenándose de profundidad ontológica por los acontecimientos subsecuentes. En efecto, el Prólogo (1.1-18) ha mostrado ya a qué niveles se podía afirmar del Logos encarnado que era “Hijo de Dios” o “Rey de Israel.” Pero se debe a la ironía juánica el que el Evangelio les atribuya a seguidores sin experiencia estas intuiciones. Los evangelios sinópticos - en particular Marcos, el primero - pintan a los discípulos un poco negativamente; el Evangelio de Juan también sabe de esas tradiciones, pero a estas alturas presenta a un núcleo de hombres judíos sinceros y prometedores.

Aunque el verbo *pisteuo* (creer), tan clave para la comunidad juánica, se usa dos veces en el Prólogo (vv.7 y 12), aparece en el relato histórico por primera vez en el v. 50; en algún sentido Natanael “cree” porque Jesús “lo vio cuando estaba debajo de la higuera.” Hay en el Evangelio de Juan muchas gradaciones de “creer” y no tenemos que identificar cuál es ésta en un primer contacto entre los dos hombres; luego la fe se desarrollará. Esta es la intención de la promesa del v. 51: “Tú no has visto nada todavía; lo que Uds. mis discípulos van a ver (*ópsesথে*) - mis señales, por ejemplo - revelarán que yo soy Mediador entre tierra y cielo (cp. 20.30s.)³².”

Como Jesús se autodenomina “la verdad” (14.6), Natanael el “sin engaño” está marcado para íntima asociación con él.

¿Por qué introduce el evangelista a estas alturas una alusión fuerte a la experiencia de Jacob? La historia bíblica del patriarca está marcada por el conflicto; él pasa por peligros de toda índole, muchos causados por su carácter de suplantador mañoso. A menudo el lector de Génesis se siente tan alienado de él que piensa que el tipo merece ser abandonado por Dios. Pero acá en Betel topa con la función central de los relatos: Dios interviene en la historia de sus escogidos, no porque ellos sean dignos, sino porque el plan bondadoso de Dios incluye la cooperación (muchas veces inconsciente) de ellos. En la red complicada de lucha y tragedia que teje Jacob antes de caer él mismo en ella, se discierne la mano, medio escondida, de Dios. Así que cuando Jacob alcanza la cima de blasfemia y declara a su padre ciego que él había encontrado tan pronto el animal cazado “porque el Señor tu Dios me dio éxito” (Gn 27.20), afirma también la explicación más certera de la historia de su vida. Este individuo indigno, que se enreda en situaciones imposibles, es aquel a quien Dios se revela en la gracia del pacto.

En los días del evangelista pueden haber surgido muchos hombres y mujeres como Natanael y sus amigos, que, preparados por sus

indagaciones en las Escrituras judías, buscaban al Mesías. Por causa de ellos, el escritor distingue con cuidado entre una sinceridad que esté dispuesta a “venir y ver”³³ y la búsqueda superficial de muchos otros judíos (cp. 5.39s.)

Es verdad que Natanael es una especie de Nuevo Israel, correspondiendo al tipo de auditorio que Juan Bautista consideraba su particular esfera de influencia: “para que (el que es superior a mí) se revelara al pueblo de Israel, vine bautizando en agua” (Jn 1.31). ¿Hay también un mensaje aquí para lectores gentiles?

Al menos ellos pueden felicitarse de que el nuevo Israel no se constituya por medio de la circuncisión o alguna otra forma de guardar la ley de la Biblia hebrea, sino en el hecho de “ver”, que al fin de cuentas no es un acto físico; mayor es la bendición de haber creído en Jesús sin haberlo visto (Jn 20.29).

Natanael mismo es en cierto sentido el cumplimiento de una promesa hecha a Jesús. El evangelista ve significado simbólico en el dato de llamarse “don de Dios” el que busca ser discípulo de Jesús. Ya que nadie puede venir a él “sin que lo atraiga el Padre” (Jn 6.44, 65) los discípulos son identificados como “los que Dios le ha dado” (6.37, 39; 10.29; 17.2, 6, 9, 24; 18.9).

*Al menos ellos
pueden felicitarse de
que el nuevo Israel
no se constituya por
medio de la
circuncisión o alguna
otra forma de
guardar la ley de la
Biblia hebrea, sino
en el hecho de “ver”...*

En su forma original, el Evangelio de Juan se publicó sin el cap. 21. Antes de agregar el cap. 21, entonces, Natanael brilló por su ausencia después de esta auspiciosa presentación en el cap. 1; tampoco en otras fuentes de la iglesia sabemos más de él. La breve mención en 21.2, pues, en el listado de pescadores galileos dispuestos a acompañar a Pedro hasta

el “lago de Tiberíades” es prueba afortunada de que la comunidad juánica no le olvidó. Esta vez lo identifica como oriundo de Caná de Galilea, donde Jesús hizo las dos primeras señales, y probablemente como pescador y allegado a Pedro, ya que él acepta el liderazgo petrino.

En torno a Juan Bautista, entonces, la comunidad juánica recuerda a un pequeño núcleo de hombres (¿y mujeres? La actitud de los discípulos hacia la samaritana, 4.27, indica que todavía no) que aguardan al Mesías, y pocas horas después de conocer a Jesús se despiden de Juan, aparentemente con la bendición de éste, porque Jesús es en esencia el de quien Dios habló en las Escrituras, a veces en forma velada.

Si la visión de Gn 28 enfatiza la gracia de Dios, así también este primer capítulo de Jn. En la secuela (Jn 2.11) de estas vocaciones, leemos de la eficacia de tal gracia: al ver la primera de las señales de Jesús, “sus discípulos creyeron en él.” De verdad, la comunidad mesiánica que tomaba forma en torno a él era el Nuevo Israel, que comenzó a ver en él al único Mediador con Dios.

Notas

1 La lista podría extenderse: “un nuevo David, Moisés, Salomón.”

2 El nombre de Jacob no aparece hasta 4.12, pero los lectores judíos reconocieron en el texto del capítulo 1 las alusiones al patriarca.

3 Mr 1.1-20, Mt 3.1- 4.22, y Lc 3.1- 4.15.

4 Gn 27.8-24.

5 G. Von Rad, *Teología del Antiguo Testamento*, I, pp.135-140, 169-177.

4 Hay que tomar en cuenta que en el siglo 1 “la Escritura” que se leía religiosamente en hebreo en los cultos semanales no era comprendida por los judíos, quienes durante los siglos de la Diáspora comenzaron a hablar nada más el arameo. De manera que, para la comprensión de los asistentes a la sinagoga, alguien “dio el sentido” del texto en arameo. A la larga, estas paráfrasis se pusieron también por escrito y se les llamó targumes. El Targum Palestinense (Neófiti) puede remontar al siglo primero; otros son posteriores: Pseudo-Jonatán, el Targum Fragmentario, y Génesis Rabbah. Estas son las versiones de los relatos de los patriarcas que los asistentes a la sinagoga tenían presentes. Otras fuentes contemporáneas con el IV Evangelio exhiben las mismas tendencias: *Los Testamentos de los XII Patriarcas*, *Jubileos*, y en griego la *Septuaginta* y los comentarios de Filón.

6

7 No sólo en las traducciones o paráfrasis del texto canónico, sino en libros déuterocanónicos y tritocanónicos, los judíos dejaron ver su nuevo aprecio por el patriarca. Típico de esta restauración es el libro *Testamentos de los XII Patriarcas*; ver en particular Test. Benjamín 10.1.

8 *Jubileos* 5.12, por ej., describe la creación del “verdadero hombre Jacob;” Filón halla en la frase de Gn 42.11: “Todos somos hijos de un solo hombre” una referencia al incorruptible hombre del cielo. El targum Neófiti sobre Gn 28.11 reza, “He aquí los ángeles que lo habían acompañado desde la casa de su padre ascendieron para avisar a los ángeles de las alturas, diciendo, ‘Vengan, vean a Jacob el piadoso, cuya semejanza está en el trono de gloria y a quien ustedes deseaban ver.’ Y he aquí, los santos ángeles de la presencia del Señor ascendieron y descendieron y lo miraron.” ¡Cómo la tradición judía lo ha endiosado! Pero el evangelista Juan, huelga decir, no está de acuerdo con esta promoción de Jacob al estatuto de Hombre Primordial (ver 1.51; sólo el Hijo del hombre merece tal exaltación).

9 Sal 105.15; 1 Cr 16.22.

10 El targum Pseudo-Jonatán sobre Gn 35.21. Cp. “para que él se revelara al pueblo de Israel” (Jn 1.31) y “nadie que quiera revelarse al mundo actúa en secreto” (Jn 7.4, consejo de hermanos no-creyentes de Jesús).

11 La Septuaginta de Gn 35.7 reza “Betel, porque allí Dios se le reveló a (Jacob).”

12 En el Targum Fragmentario sobre Gn 49.18 hay una referencia todavía más explícita: “(busca mi alma) la redención del Mesías, el Hijo de David.”

13 Martin McNamara, "Targumic Studies," *Catholic Biblical Quarterly* 28 (1966), pp. 243s.

14 *Quaest. Gen.* 32.

15 Targum Pseudo-Jonatán sobre *Gen.* 49.1. Aunque el texto hebreo dice simplemente que Jacob reunió a sus hijos para predecirles algo del futuro, la paráfrasis aramea explicita:

"Y Jacob llamó a sus hijos y les dijo, "Purifíquense de toda impureza y yo les mostraré los misterios que están escondidos, los tiempos señalados que Dios tiene en secreto: la recompensa, un galardón para los justos, la retribución reservada para los malignos, y los deleites del Edén. Las doce tribus de Israel se reunieron en torno a la cama de oro en que él estaba acostado. Pero después de que se revelara la gloria de la Shequiná del Señor, el momento determinado para la venida del Rey Mesías le fue ocultado."

Esta frustración para Jacob se ve a menudo en la literatura del siglo primero o segundo. En cuanto al género literario de Gn 49, "discurso de despedida," vale recordar que Jn 13-17 asume la misma forma.

16 Brown, *El Evangelio de Juan I*, pp.89s. Desde la época de Agustín (el primer autor cristiano que relacionó Jn 1.51 con Gn 28.13) los exegetas en general han visto esta conexión.

17 Según la etimología popular, significa "lucha El (es decir, 'Dios')." Pero si la asociamos con otra raíz hebrea, quiere decir "confiable, exitoso, feliz."

18 El cambio del singular en el v. 50 ("¿Crees. . ? ¡Vas a ver cosas más grandes . !") al plural del v. 51 ("Ustedes verán . . ") es casi chocante; advierte un abrir repentino de horizonte. Según la narración, al menos Felipe estaría presente (vv. 43 y 45), pero la intención del evangelista es anunciar una nueva experiencia grupal y programática, quizá la de "ver" las señales (cp. Jn 20.31).

19 Muchos preguntan si el discípulo amado no es Juan hijo de Zebedeo, no mencionado por nombre en este evangelio (pero ver 21.2). Brown admite la atracción de esta identificación clásica (*En Jn I*, pp. 87-) pero expone bien sus razones por rechazarla en su libro más reciente sobre el tema, *La comunidad del discípulo amado*. Ahora aboga por la autoría de un allegado al "discípulo amado" (que por su parte no es Juan hijo de Zebedeo).

20 En esta etapa de la construcción de la comunidad, las palabras más persuasivas no son definiciones proposicionales de Jesús, sino invitaciones a evaluarlo por medio de "verlo" o "seguirle."

21 Aun Juan Bautista es presentado como un intérprete de Jesús a medias, si se toman sus palabras al pie de la letra. Desde luego, como él es profeta (cp. 11.51, ¡donde profetiza aún Caifás!), pronuncia palabras capaces de interpretarse a un nivel juánico más profundo. Sobre todo "Cordero de Dios," repetido dos veces (1.29 y 36), cobrará mucha importancia.

22 La ironía juánica cuenta aquí con nuestra sonrisa burlona. Los lectores (a partir de la publicación del libro) sabemos que "nuestro lugar" ha estado en ruinas desde hace décadas - debido literalmente a la venida de los romanos (70 E.C.)

- y la nación judía dispersada e irreconocible como pueblo. Esta tragedia es comprendida por todos los evangelistas como el desenlace inevitable del rechazo de Jesús por la nación judía. El debía de ser su *topos* y su *ethnos*; él cumple todas las promesas incluso las que tratan de tierra y descendientes.

23 Para “ir a Jesús” (es decir, con la intención de creer en él), cp. 3.21, 5.40, 6.35, 37 y 45, y otros pasajes.

24 Como lo hizo en efecto dando a Simón un nombre nuevo, 1.42.

25 Gn 27.35, donde la LXX usa la palabra *dolos*. Esta ocasión fue antes de las dos teofanías, pero ¿el lector de Génesis saca la conclusión de que estas experiencias teofánicas “convirtieron” a Jacob?

26 Por ej., Sof 3.13; Jer 9.3.

27 Con la frase “en quien no hay falsedad” hay que contrastar lo que se dice del diablo en 8.44: “porque no hay verdad en él.” Estas vastas generalizaciones son típicas de la dicción juánica.

28 Cp. la pregunta dirigida a Nicodemo “Tú eres maestro de Israel (el griego reza “el maestro”) ¿y no entiendes estas cosas?” (3.10).

29 Aparentemente la alusión “bajo la higuera” tiene que ver con el estudio de la ley. El rabí Aquiba (m. 135 C.E.) dijo que en el judaísmo la higuera se había convertido en el árbol del conocimiento de la dicha y de la desgracia. Cp. Gn 3.7, pero no 1 R 5.5, Mi 4.4, ni Zac 3.10. Léon-Dufour, *Lectura del EvJn I*, pp. 155s. “La frase de Jesús sería una insinuación de que, al estudiar la ley, Natanael se había preparado para encontrarse con el mismo Jesús.”

30 Tradicionalmente, el título se refiere al Juez que vendrá al final de los tiempos (cp. Mr 14.62 y Dn 7.13), y los sinópticos lo desarrollan cada uno a su manera. “Con Jn, el movimiento de anticipación coincide con la existencia de Jesús de Nazaret: desde su ministerio está ya unido el cielo a la tierra. . . Volvamos a la adhesión de los primeros discípulos: esos israelitas van a ese Jesús que les había designado el Bautista y, aunque no recogen sus anuncios sobre lo que habrá de hacer Jesús (obtener el perdón de Dios para el mundo, bautizar en el Espíritu Santo), sí que se apropian de lo que su Maestro les ha dicho de su persona misma y lo repiten en su propio lenguaje. . . En esta sucesión de títulos queda resumida la esperanza mesiánica de Israel y se subraya de nuevo el vínculo entre los dos Testamentos. En particular . . . es el Israel auténtico, sin falsía, el que está dispuesto a dar su fe a Jesús, a diferencia de los “mentirosos” a los que Jesús condenará más adelante (8.44, 55).” Léon-Dufour, *op. cit.*, p. 159.

31 Nótese que el texto reza “verán . . . a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.” El Cuarto Evangelio tiene fama de ser “espiritual,” pero su mensaje, a diferencia del mensaje gnóstico, comienza donde ya se encuentra la humanidad.

32 Cp. 1 Ti 2.5.

33 Jacob, al despertar, exclama, “En verdad el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía” (Gn 28.17).